

EL INSTITUTO CARO Y CUERVO DE BOGOTÁ

Desconocemos el origen, la estructura y el funcionamiento del *Instituto Caro y Cuervo* de Bogotá; pero, a vista de sus producciones, podemos y debemos afirmar que se trata de una corporación eficiente y de una minoría selecta de voluntariosos y entendidos.

En Colombia, con ser nación joven, existe ya un legado cultural que pesa y lleva consigo exigencias de acrecimiento. Rubén Darío vió en Bogotá una «ciudad de griego y de latín, vestida de gramática y coronada de lírica». Ignoro si todavía la enseñanza oficial y la realidad cultural de toda Colombia y aún de sola Bogotá corresponde hoy a esa apreciación benévola del poeta. Mucho me temo que la sucesión vertiginosa de ministros de Educación, impuesta por la versatilidad política, y asimismo un criterio torpemente pragmático, —*made in U. S. A.*— atento a la inmediata explotación de las riquezas naturales, haya despojado a Colombia de sus griegos y sus latines. Pero hay nombres que son un *excelsior* permanente. Y eso grita en Colombia la memoria y la obra de Rufino J. Cuervo y Miguel Antonio Caro.

Hace ya días se preguntaba Eugenio D'Ors en su *Novísimo Glosario*: «¿Por qué las humanidades, la tradición del latín, la fidelidad hacia Horacio, el cultivo de la gramática y de la retórica, el castellano impecable, su casticismo, su pureza, la superstición del purismo inclusive, han logrado la mejor ventura, entre las Españas de ultramar, y casi una característica antonomasia, en Colombia?»

Por allá, para explicárselo, suelen remontarse hasta el mismo don Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Santafé de Bogotá,

«de quien puedo decir no ser ayuno
del poético gusto y ejercicio...»

según atestigua Joan de Castellanos en sus *Elegías*. Poesías y prosas historiales, algunas de ellas encontradas en estos mismos días en los archivos de Salamanca, nos dejó el caballero don Gonzalo. Pero más cerca de nosotros tenemos al filólogo Cuervo y al polí-

grafo Caro, que siguen ejerciendo en Colombia un Magisterio permanente y de los mejores augurios.

Caro nació en 1843; Cuervo en 1844. Ambos alcanzaron hasta los primeros años de este siglo y todavía son muchos los que se formaron bajo su maestrazgo vivo. Las Obras de Caro son consultadas como un oráculo. De las *Apuntaciones* de Cuervo se ha dicho que desataron por toda América una racha de purismo. Mejor sería de simple corrección y pureza idiomática. Ultimamente, su centenario natalicio reavivó en los jóvenes la memoria de tanto saber y la vigencia de sus principales aportaciones científicas. Y así se ha ido transmitiendo la antorcha que ahora se conserva, encendida y cada vez más luminosa, en el *Instituto Caro y Cuervo* de Bogotá.

Su Presidente honorario es el P. Félix Restrepo. Este sabio Jesuíta, figura descollante en el campo de las letras, es autor de obras tan conocidas como *La llave del griego*, *El alma de las palabras*, *El Castellano en los clásicos*, *Raíces griegas*, *La Ortografía en América*, etc. Director del Instituto es José María Rivas Sacconi, hijo de Rivas Groot, el poeta de *Constelaciones*. Colaborador técnico, el español don Pedro Urbano González de la Calle, autor de eruditos estudios filológicos; y colaboradores integrantes de la corporación los señores Eduardo Amaya Valencia, Luis Florez, Fernando Antonio Martínez, Francisco Sánchez Arévalo y Rafael Torres Quintero.

El Instituto fundó y mantiene un órgano de publicidad que goza de crédito y prestigio en academias y cenáculos de filología: el *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*. Cinco años de labores y unos veinte números de unas 200 páginas cada uno y de presentación pulquérrima, atestiguan y enaltecen la preparación científica de esta agrupación y la profundidad, seriedad y aparato metodológico de los estudios y comentarios archivados en el *Boletín*. Este, en cada entrega, suele traer estudios, notas o variedades que de algún modo se rozan con la filología, reseña de libros, resumen de revistas afines y noticiero cultural. Colombianos y extranjeros han publicado en él monografías de calidad superior y en sus páginas siguen apareciendo—últimos doblones de un tesoro opulento—las fichas todavía inéditas del monumental *Diccionario de construcción y régimen* que dejó sin concluir don Rufino J. Cuervo.

Coronar esta obra grandiosa de lexicografía castellana es una de las tareas del Instituto. Sólo por ello mereciera el apoyo omnímodo y las más exquisitas atenciones de parte del gobierno colombiano.

A par con el *Boletín* ha empezado el Instituto a publicar una galería de obras de alto valor científico y literario. Como es natural, se ha concedido la primacía a los dos varones que amparan la Corporación con su nombre, su ejemplo y su sabiduría. El Padre Félix Restrepo ha editado un volumen de *Obras inéditas* de Cuervo; Rafael Torres Quintero ha preparado en dos volúmenes las *Disquisiciones sobre Filología Castellana* del eximio bogotano; José M. Rivas Sacconi nos ha ofrecido *La Canción a las Ruinas de Itálica*, traducida en exámetros latinos y comentada en prosa latina por Miguel Antonio Caro. Para muy en breve se anuncian *Las Odas de Horacio* en la versión en rima, atildada y sonora del maestro Ismael Enrique Arciniegas. Finalmente, el Doctor Rivas Sacconi ha enriquecido la colección con un volumen de 484 págs. sobre *Latín en Colombia*.

Las dos obras publicadas por el erudito Rivas Sacconi demandan un comentario, siquiera breve.

En Colombia, y quizás en todos los países hispánicos de allende, Caro personifica el tipo auténtico del humanista integral y cristiano. Fué un renacentista rezagado, pero con una fe viva y operante, al cual le tocó vivir lejos de los focos de la cultura latina, en la Bogotá aislada, sin las fuentes bibliográficas de que pudo disponer, en esos mismos días, su amigo y admirador Menéndez Pelayo. Este viajó por esas capitales al rebusco de bibliotecas agobiadas de libros viejos y nuevos. Caro murió sin conocer el mar. Aún así era señor de una erudición copiosa y sólida que él sabía suplir y vivificar con estudios metódicos de las obras eternas, paladeadas y rumiadas desde la juventud. En su familia, que antes y después de él, constituye una de las dinastías literarias de más abolengo y blasones en las letras colombianas, y bajo la enseñanza de Jesuítas como el ecuatoriano Proaño, Caro se prendó para siempre de los autores príncipes del Lacio, les bebió el aliento, y aprendió de ellos a pensar en latín. Este es uno de los secretos de su prosa arquitectónica, de solidez y severidad romanas. Aunque no le llegara la última palabra de la reciente revista de humanidades de París o de Londres, su formación y su intuición le bastaban y sobraban. Podía saciarse con las aguas de su pozo interior para el gozo de pensar y crear.

Como traductor de clásicos latinos pocos le igualan en copia y calidad. Virgilio fué su predilecto. No envejece su versión de la Eneida. El Instituto Caro y Cuervo debería recoger en un solo vo-

lumen y hacer asequibles a los lectores de España los estudios virgilianos de Caro, llenos de tesis originales y de anticipos felices.

Tuvo por guía y preceptor a Horacio, cuyas odas cinceladas, no salen toscas ni empañadas en la traducción de Caro. Desde su mocedad gustó de versificar en latín. Cantó así sus propios sentimientos. De ahí su libro *Carmina Latina*, editado en 1943 por la Academia Colombiana. Se dió además el gusto y el lujo de interpretar en la exigente métrica del Lacio noventa y nueve poesías seleccionadas de autores colombianos, españoles y extranjeros, desde Gracilaso y Luis de León hasta Manzoni, Chenier y Longfellow. Tal es su obra *Latinae Interpretationes*.

De ella formaba parte la *Canción a las ruinas de Itálica*, que le resultó obra aparte, y en cuya versión, elaborada en la madurez gloriosa de sus años postreros, empleó más primores de erudición, de ingenio y de cariño. Maravilla el desembarazo con que va tejiendo datos históricos, crítica textual, disección estilística, todo ello en una prosa correcta, limpia, adornada de aquella transparencia o, *perspicuitas* que M. F. Quintiliano exigía como dote primera del estilo. Caro se nos revela tan buen prosista como poeta latino y tan suyo en la lengua romance como en la lengua madre. La obra es voluminosa. Consta de 244 páginas. Y al glorificar al autor, glorifica también a su homónimo y probable antepasado Rodrigo Caro. Es un festín del espíritu leer en graves exámetros latinos la canción famosa, tan llena de la majestad de las grandezas caídas.

Esta versión permanecía inédita desde las primerías de este siglo, data la más probable de su elaboración. Ha tocado al Dr. Rivas Sacconi, erudito y humanista de alcurnia, sacar a públicas vistas ese tesoro escondido. Y ha sabido hacerlo con aparato crítico y con genuina diligencia. *Diligencia* es vocablo hermano de *dilección*. Y Rivas Sacconi enlaza en esta edición su cariño a Colombia y a Caro con una labor crítica bien manifiesta. Ignoramos si durante el centenario de Rodrigo Caro se publicó aquí en España obra dedicada al licenciado poeta, que pueda competir con esta del humanista colombiano.

El Latín en Colombia es un arsenal sin precedentes, por lo que atañe al tema, hasta ahora inexplorado, al menos con la debida amplitud, y por el adelanto en procedimientos técnicos y metodológicos que viene a introducir en la producción colombiana. País de líricos, de oradores vehementes, de improvisadores afortunados y de ingenios naturalmente hábiles para todo linaje de disciplinas, Co-

lombia necesita de trabajadores intelectuales de la talla y estilo de Rivas Sacconi. El se ha impuesto las normas de metodología científica que se siguen en los centros culturales de Europa y así ha logrado reunir, clasificar y trabar en conjunto sólido y harmónico el enorme rímero de noticias y datos que ha desenterrado de los archivos y libros de la vieja Santafé y de la turbulenta Bogotá de nuestros días. No le abruma, no le sofoca su cosecha de erudición. Su libro, salvadas las proporciones, recuerda la *Bibliografía Hispano-Latina Clásica* de Don Marcelino.

Paciencia y gusto para la investigación, instinto como de zahorí para dar con la vena soterraña, habilidad para los esquemas holgados y para el encuadramiento de la ficha y del dato minúsculo, criterio para enjuiciar autores y obras y señalar sus fuentes y, para cope y espuma, una prosa medida y sabia, sin concesiones a la euforia y a la hipérbole tropical, todo ello animado por ese soplo de vida que saben infundir los auténticos humanistas: tales son las dotes y las preseas que avaloran el *Bosquejo* histórico que nos acaba de ofrecer el Doctor Rivas Sacconi.

En este volumen de 486 páginas, ha recogido noticias acerca de la enseñanza del latín en las aulas colombianas desde que España las fundó en los albores mismos de la conquista y colonización; de las gramáticas latinas y obras científicas, literarias y didácticas en prosa o en verso latino; de las traducciones de clásicos; de los comentarios y ensayos críticos sobre temas de literatura latina; de la influencia de la cultura grecorromana en las letras de Colombia y en general de la huella clásica en la vida nacional.

La historia de las humanidades en Colombia abarca tres períodos: el colonial, el de transición y el independiente. En cada uno de ellos surge una figura central. En el primero, hay escritores latinos como el Agustino recoleto fray Andrés de San Nicolás, de quien se dijo que conocía la lengua latina mejor que la española. En el segundo, descuella el sacerdote de Popayán, Mariano del Campo Larraondo, buen prosista latino y mejor preceptor literario; en el tercero se alza, *tamquam lenta solent inter viburna cupressi*, el Príncipe de los humanistas colombianos Miguel Antonio Caro. En torno de ellos, una muchedumbre de letrados, poetas, traductores y aficionados cuyos nombres decoran este libro lo mismo que las páginas de la literatura vernácula de Colombia. Así se verifica que la

cultura literaria del país se arraiga y chupa jugos en el suelo de Roma.

Las humanidades presentan en Colombia obras tan recias y duraderas como las traducciones de Caro, Pombo, Arciniegas y Arcila Robledo; Gramáticas como las de Caro y Cuervo; monografías tan serias como *La Pronunciación clásica del latín* compuesta por el Padre Navia y émula, y en parte, tributaria de los trabajos que sobre el tema publicó en *Palaestra Latina* de Cervera, el humanista español y después mártir de Cristo Padre Manuel Jové, C. M. F., odas latinas tan pulcras como las del Jesuíta Daniel Restrepo; libros como los del helenista Félix Restrepo, S. J.

Rivas Sacconi confiesa que al trazar su *Bosquejo*, ha tenido la certeza de escribir un capítulo de la historia cultural de su Patria. Su obra y la del Padre José Abel Salazar *Los Estudios Eclesiásticos Superiores en el Nuevo Reyno de Granada* (1563-1810), Madrid 1946, figuran, sin duda, entre las contribuciones más fecundas y luminosas para dejar a flor de tierra y a plena luz la raíz hispánica de nuestro haber literario y la calidad del meollo humanístico con que España nutrió sus provincias de ultramar. Libros así constituyen un capítulo interesantísimo de la cultura y de la historia misma de un pueblo.

Al final de la obra los temas casi se esbozan, simplemente. Ahí pasan títulos y nombres dejando un reguero de sugerencias e invitando a investigaciones más profundas, a monografías lindísimas. Largo camino le queda por delante a la búsqueda cariñosa y laboriosa del Dr. Rivas Sacconi y de sus colaboradores del Instituto Caro y Cuervo. Y es mérito suyo, y no de los menores, el haber descubierto estas vetas de cultura y, al mismo tiempo, haber sembrado inquietudes de nuevas exploraciones.

CARLOS E. MESA, C. M. F.